

Llevantándole suso el emperador con ledo senblante, dixo:

-Decid, doncel, ¿sois fijodalgo?

El donzel buelta su faz en bivas colores dixo:

-Por tal, mi buen señor, me tengo, que mi coraçón a cossa fidalgas se inclina.

-Eso creo yo bien, -dixo el emperador-, y buestro fermoso semblante muestra que merecedes todo honor.

Y calçándole la espuela diestra dixo:

-Doncel, ya sois cavallero. Dios bos faga tal como semejades, para que se cunplan en bós todas las altas cossas que buestra apostura promete.

En esto Filena, tomando la rica espada a la doncella se la dio el emperador, diciendo:

-Hedes aquí, buen señor, la espada con que beredes al Doncel No Conocido dar fermosos golpes, mas ¡ay, d'él!, que, cuando más menester los hubiese, le fallará en parte donde las aguas que allí son su sangre serán bueltas, y aquel nuevo y escondido fuego que su loçano y fuerte coraçón dexe que le á descender y abramar, fallará en ellas, y allí perderá su balor, fuerça y esfuerço.

-Ora, buena amiga, -dixo el emperador, esforçándose a no mostrar el pesar que por estas oscuras y espantosas raço-

nes sentía-, si por essas cossas el doncel ha de forçado passar por demás nos dolemos, y si Dios como puede las á de rebocar, no es bien tener d'ellas cuidado. Y bós, Doncel No Conocido, tomad de mi mano la espada, y dalda a quien más os pluguiere que bos la di.

El doncel a maravilla ledo la tomó y dixo:

-Agravio me faría yo, mi buen señor, si saliendo de buestra mano yo consitiesse que me la ciñera otra que la vuestra, pues tengo por cierto que biniendo de bós, me dará ardimiento para ser bueno.

Y con dessemboltura y gran donaire se la ciñó, y biniendo los donceles que la noche de armas havían velado con gran solemnidad, fueron del emperador armados caballeros. Don Leandio, que grandes cossas havia entendido del doncel, le rogó le ciñiesse la espada, de lo que el emperador y la emperatriz assaz folgaron. En Doncel No Conocido se escussó lo más que pudo diciendo no conbenía a tan alto príncipe recibir la espada de mano de cavallero de tan poco balor como él era, más a ruegos del emperador y por el goço que Belamir le dio en el ber y que también selo rogava, se la ciñó, y assí con fiesta y goço, salieron de la capilla. (Vaticano: ff. 113r-114r).

28. CRISTALIÁN DE ESPAÑA

de Beatriz Bernal
(1545)

por
José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIOS

[1] Valladolid, Juan de Villaquirán, 1545 (9 de enero) [→]

[2] Alcalá de Henares, Juan Íñiguez de Lequerica, a costa de Diego de Xaramillo, mercader de libros, 1586 (colofón: 1587)

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: nº 1653. **ESTUDIOS:** Ruiz Doménec (1999).

TEXTOS

1. El príncipe Lindedel de España es armado caballero y consigue un escudo mágico en su primera aventura

El príncipe e Briamantel subieron en sus cavallos y Menbrina e sus donzellas en sus palafrenes y un escudero que el príncipe llevaba, que avía nombre Vandiano. Briamantel le llevaba el yelmo y las donzellas de Membrina llevaban el escudo; y assí tomaron su camino para la corte del rey Nibleo a donde el príncipe Lindedel fue armado cavallero con aquella honra que a su real persona convenía, y a ruego del rey Nible se detuvieron allí algunos días. En breve se despidieron d'él. Salidos que fueron del palacio, Membrina dixo:

-Mi señor yo me quiero ir para la mi ínsula, ved qué mandáis en que serviros pueda.

El príncipe dixo:

-A Dios ruego yo que me traiga a tiempo que yo pueda pagar algo de lo mucho que devo.

-Harta merced es, -dixo Membrina-, querer la vuestra merced de mí rescebir algún servicio.

E assí se despidieron lo unos de los otros, pero no pudo tanto Briamantel cubrirse que las lágrimas no le vinieron a los ojos cuando el príncipe se despidió. E assí se fueron para la Ínsula de las Maravillas, quedando el príncipe solo con su escudero que la lança le llevaba. Tomaron su camino para el castillo velador con la entención de no se partir de aquella demanda hasta cobrar las armas de Troilo que ende estaban.

Al tercero día de su camino por él vio venir un cavallero armado de unas ricas e luzientes armas ellos; se encontraron y

se saludaron muy cortésmente. El cavallero dixo al príncipe:

-Paresceme, señor cavallero, que ha poco que rescebistes orden de cavallería, según lo muestran vuestras armas noveles.

-Assí es, -dixo el príncipe-, que oy es el quinto día que essa orden rescebí.

-Pues que assí es, venid conmigo, si por bien lo tuvieredes, que yo voy a la corte del emperador de Costantinopla, y allí veréis la cosa más estraña que en el mundo es nascida, que es la princesa Cristalina, hija del emperador, que no ay donzella en grandes partes que con la su hermosurá igualar se pueda. Por servir a esta princesa reside en la corte del emperador toda la flor de la cavallería. E assí, señor cavallero, podréis exercitar vuestra persona, por cuanto todos los cavalleros de la corte, y fuera d'ella, no entienden sino en hazer grandes fiestas y regocijos por servicio d'esta hermosa princesa e assí mismo dan cima a muchas aventuras que a la corte del emperador vienen.

-Por cierto señor cavallero, -dixo el príncipe-, si yo pudiera hazer vuestro ruego fuera muy alegre en ir en la vuestra compañía, pero tengo que hazer en otra parte, y sería me mal contado si el camino dexasse.

-Pues que assí es, -dixo el cavallero-, a Dios seáis encomendado.

Y assí se despidieron el uno del otro. El príncipe se fue su camino y començó a cuidar en la gran hermosura de la princesa Cristalina y propuso en su corazón, si Dios le dexava dar cima a la Aventura del Castillo Velador, de ir luego a servir al emperador; y assí como lo pensó, lo puso por obra. [...]

En este tiempo vieron venir a muy gran prissa por la falda de la floresta al jayán sobre un grande y feroso cavallo. Las armas que traía eran de un fino aze-ro; venía sin escudo con intención de tomar el del Arco. Traía en su compañía un solo escudero con una gruessa lança en las manos. Assí como junto al arco llegó, dixo en alta boz:

-¿Quién eres tú, cosa captiva, que tuviste atrevimiento de desdeñar a mi querida y muy amada hija. Levántante, -dixo a ella-, e mira la fermosa venganza que d'esta cosa vil te daré y escoje una de dos cosas cuál más te agradare: o darle la muerte o ponerle en perpetua prisión para que siempre muera, como suele acaescer a los malandantes que en la mi prisión están.

Argadon dixo:

-Lindedel d'Epaña, si tanta bondad en ti uviesses como abundancia de palabras sobervias, combatir teyas conmigo a guisa de buen cavallero, lo que tú no acostumbras hazer sino falsa y alevosamente, poniéndote al cuello el escudo encantado, que todos a los del mundo no te podrán vencer.

El jayán le respondió:

-Porque veas en cuanto te tengo, yo haré batalla contigo sin este escudo, pero ha de ser con tal condición; que si yo te venciere, luego se celebren las solennes bodas tuyas y de mi amada hija; e si yo de ti fuere vencido, que el mi tanpreciado escudo sea tuyo, y este partido te hago porque mi hija está muy pagada de la tu apostura.

-De tales bodas nos guarde Dios, -dixo el príncipe-, pero la batalla yo la otorgo con las condiciones dichas.

Luego el jayán embió a su escudero a muy grande prissa al castillo por un escudo; traído que fue, el jayán se lo echó al cuello diziendo en alta boz:

-Sed leda, hija mía, que oy os daré marido

E diziendo esto, tomó su lança y embraçó su escudo. Ya el príncipe Lindedel se avía apartado lo que vio que era menester para la justa e firiendo entramos de las espuelas a los cavallos se vinieron a encontrar de las lanças y el príncipe firió al jayán por medio del escudo y se lo falsó passándole la lança de la otra parte. El jayán herró su encuentro y él y su cavallo vinieron a tierra. Assí del fuerte golpe como de la gran caída quedó el jayán tendido sin bullir pie ni mano, saliéndosele repentinamente el alma. Como Lindedel le vio de la manera que oído avéis, dixo a Bandiano, su escudero, que el hielmo le quitasse, creyendo que desmayado estava del rezio encuentro. Mandó que a grande prissa le diessen aire en el rostro por ver si tornaría, pero todo tu affán era por demás, ya que él era muerto. Como el príncipe tal lo viesse dixo:

-Ya d'esta vez no tomaré tan hermosa esposa como el jayán cuidava darme.

¿Qué os diré de Barsina, que assí avía nombre la hija del jayán, cuando entendió que su padre era muerto? Començó a hazer muy esquivo llanto, mesándose sus negros e cortos cabellos y dezía:

-¡Ay captiva, que oy pierdo no tan solamente mi padre, má marido que yo tanto desseava! ¡Ay, dioses, cómo consentistes que de solo un encuentro fuesse muerto el más fuerte y más bravo jayán de cuantos oy son nascidos! ¡Ay, mal cavallero, en mal punto yo vi la buena postura!

El príncipe Lindedel uvo duelo d'ella e díxole:

-Señora donzella, no curéis de fatigar vuestra persona por lo que ya no puede dexar de ser, pues el maltratamiento que a los cavalleros andantes y a las donzellas que por aquí passavan hazía le dieron tal fin.

De la donzella hermosa vos digo que estava demasiadamente leda e dixo: